

al otro día les toca el turno a ellos. «La guerra es la guerra». Y mientras en sus cuerpos se hartan los pájaros y las fieras, por cada lado, allá muy lejos de las trincheras, hay siempre alguien que llora sobre el recuerdo de aquel que devoró el monstruo insaciable de la guerra.—L. D.



GLEBA, por *Carmen de Alonso*. Ediciones Cultura

Alguien nos dice que bajo el pseudónimo de Carmen de Alonso, se oculta el nombre de una joven escritora chilena, que debuta con este libro en las letras nacionales. No hay duda que entra con paso firme a la literatura. Inmediatamente se advierte en su prosa un dominio del lenguaje, y cierta facilidad, nada de común, en quien comienza, para manejar el hilo de los asuntos que toma para realizar sus concreciones artísticas. Nos deja un tanto perplejo el título de su libro, que en realidad no parece reflejar el carácter de los temas tratados en este volumen. Pero esto no tiene mayor importancia. Lo importante es que en sus páginas se refleje la vida, con su claroscuro de tristezas y alegrías. Que haya en ellas, animación, fuerza expresiva y el sentimiento necesario para dejar una huella perdurable en el espíritu del lector.

Nos parece que estas condiciones esenciales están conseguidas en gran parte. Carmen de Alonso se revela como un temperamento profundamente femenino, en su manera de observar el ambiente alrededor del cual mueve sus personajes, y de expresar lo que ella entiende de la vida. En sus diálogos, hay soltura y justeza. Las gentes conversan sin que se note artificio, ni tampoco desentono con el medio en que la autora las sitúa. En lo que nos parece que se equivoca, y esto lo decimos sin apelar a otro título que el de un largo conocimiento con esa realidad, es en la pintura del ambiente y de los tipos campesinos. No lo-

gra darles el sello de lo auténtico, ni acierta en su psicología, ni con sus reacciones frente a la vida. Menos con su lenguaje, en el cual, aunque la señorita Alonso no usa los giros ni las deformaciones características del guaso, debían haber por lo menos ciertos rasgos que definan su silueta y en sus pensamientos, un poco de la ruda sencillez habitual en él. En sus cuentos «Tierra» y «El Puma», no se respira el aire del campo chileno, ni se reconoce a ninguno de sus habitantes.

Pero esto, en ningún caso, puede amenguar los positivos méritos que posee el libro de la señorita Alonso. Hay en sus cuentos un soplo de poesía y de sentimiento bien dosificado. Creemos, sí, que le falta descubrir ese secreto mágico de poner al lector al borde de la emoción. No lo consigue en «Eramos dos hermanos», aunque lo logra débilmente en «El cofre de los sueños». Pero todo eso es difícil. Es el resultado de un largo ejercicio en el arte de escribir, el fruto de una dilatada experiencia en el uso del instrumento literario. Jamás se concluye de aprender la manera de hacer más plástica y más saturada de belleza la obra de arte. Es una barrera que se repite hasta el infinito y que el escritor no concluye nunca de trasponer.

«Gleba» es, sin duda, el resultado de un esfuerzo realizado con amor, y con clara conciencia de la misión artística que al escritor le está señalada. Y su autora posee un verdadero temperamento de escritor. Se ve que posee cultura, lo que le permitirá luchar con ventaja en su afán de mejorar su estilo y todos los recursos que su arte requiere. No es aventurado predecir que la aguarda un bello porvenir, en el cual no escasearán los laureles del triunfo.—L. D. D.



LA OBRA PSICOLÓGICA DE RADECKI, por el *Dr. Alfredo Cáceres*.

El profesor uruguayo Lorenzo Merola, catedrático de Clínica Quirúrgica de la Universidad de Montevideo, ha dicho del